

0 – Preliminares

Por razones de trabajo y, ya pasado el ecuador de mi vida, necesito desplazarme a un país centroafricano, al tantas veces mentado Congo Belga. A todos nos suena de oídas, pero salvo su ubicación en un mapamundi, poco más podemos decir de él.

Debido a mi absoluto desconocimiento, intenté ponerme al día en cuanto a su situación geográfica concreta, su forma de gobierno, su clima, su costumbres, su religión y todo aquello que pudiera serme de utilidad, pero mi sorpresa fue que, tras recurrir a todas las fuentes posibles, no encontré más información que una página y media en la Enciclopedia Espasa y cuatro webs en Internet que no arrojan mucha luz sobre el país al que me dirijo. Tras mi infructuosa investigación, días antes de partir, decidí llamar a la Embajada de la República

Democrática del Congo, con la intención de recabar algo más de información.

Me atendió un amable funcionario llamado Carlos, un viejo aventurero español que se curtió en mil y una aventuras en la selva virgen africana, trabajando para empresas de transporte aéreo.

Después de agotar sus ansias de aventura, recaló en esta embajada para mayor gloria de los funcionarios de la misma.

Este venerable anciano es el alma máter de dicha legación diplomática en España. Carlos me invitó a personarme en la sede de la cancillería y me recibió con amabilidad y cortesía, me dio un panfleto que él mismo había confeccionado con lo más imprescindible de lo que debía conocer para asentarme en el Congo.

Después nos tomamos un café y nos intercambiamos los números de teléfono, por si acaso era necesario solicitar algo más de información relativa a sus conocimientos sobre el Congo. A pesar de su buena disposición, la verdad

es que en poco aumentó mi información con los folios fotocopiados que me entregó.

1- Comienza el viaje

Las nubes flotan bajas, a ras de tierra, cubriendo todo el espacio con una intensa niebla que no deja ver más allá de una centena de metros. Son las ocho de la mañana de un frío día de otoño del año 2003, y aquí estoy junto a un grupo de pasajeros esperando a embarcar en la terminal 2, la internacional del aeropuerto de Barajas cuando aún está en construcción la T-4. Antes no había hecho un vuelo por un cierto pudor, que no miedo, a este tipo de transporte.

A pesar de que me encanta viajar, considero que meterte en un tubo de aluminio durante un determinado tiempo con un potente ruido de fondo, sentarte, tomar un par de zumos y un poco de fiambre de dudosa calidad, para después ir a aterrizar a una distancia predeterminada no es viajar, es desplazarse.

Lo cierto es que viajes al extranjero he hecho los justos, sin embargo, la península la he recorrido de

norte a sur y de este a oeste, siendo Huelva y Teruel las únicas ciudades que nunca he visitado, pero sin duda lo haré.

Siempre he sido de los que piensan que en nuestro país tenemos suficientes maravillas para visitar, que necesitaríamos al menos siete vidas, cual gato, para poder contemplarlas en su totalidad con un mínimo de detenimiento, y eso dedicándose exclusivamente a viajar.

Ha llegado la hora de embarcar. Un pequeño avión de Iberia con sus motores de hélices me levanta los pies del suelo y me produce un ligero cosquilleo en el estómago, pero nada más.

Yo esperaba una sensación similar a cuando se baja una montaña rusa, pero la verdad es que apenas siento nada, no entiendo por qué la gente tiene miedo a volar... Aunque, claro, aquí el problema es que no se puede aparcar al borde del arcén en caso de avería.

Una vez que lentamente las penumbras van desapareciendo, con la misma parsimonia la luz va